

La ciudad, asolada por la epidemia de carbuncos y tabas y por la miseria consiguiente, vió tirar sus dineros en mascaradas, comedias, simulacros de batallas navales en el Guadalquivir, cañas y toros que resultaron mansos, en la plaza de San Francisco. Por si esto era poco, el cabildo acordó regalar diez mil escudos de oro á la andariega señora, en cuyas manos puede decirse que se hallaba entonces la fortuna de España entera. El Ayuntamiento de Sevilla procedió en esto como el más adulador cortesano, y sólo hubo en él dos hombres independientes y dignos, Diego Ferrer y Juan Farián, que se opusieron á despilfarro tan loco é injusto.

Aquella repugnante connivencia ó contemporización de todos los representantes del pueblo con las debilidades del monarca, era una señal de los tiempos. Todos los poetas satíricos de Sevilla, los que no estaban retratados en el libro-academia de Francisco Pacheco, soltaron sobre el asunto chorretadas de versos burlones. No es enteramente descaminado creer que la pluma ocupada en el *Quijote* borrajearse en un rato perdido este soneto:

—¿*Quae est ista quae ascendit de deserto?*—
preguntó un socarrón á un licenciado
in lege bellacorum graduado,
de bigote engomado y cuello abierto.
El cual le respondió, de risa muerto:
—Tiéneme esta braveza, seor soldado,
tan absorto y sin mí, tan abobado
que aun á informarme de lo que es no acierto.
Dicen que nace este alboroto y fiesta
de que Sevilla á una mujer recibe
que pago le hará con un *pax vobis*.—
Luego entró en su litera muy compuesta
y él, dándose en los pechos, dijo:—Vive,
gran marquesa: ya el Rey *ora pro nobis*.

CAPÍTULO XLIII

MIGUEL TRATA DE ACOGERSE Á SAGRADO.—VE "LA ESPAÑOLA INGLESA".—LOPE LLEGA Á SEVILLA.—AGRESIÓN A MIGUEL.
EL OTOÑO DE LA VIDA

El cardenal Don Fernando Niño de Guevara, á quien conocemos personalmente por haberle retratado de cuerpo entero y de tamaño natural nuestro gran Theotocópulos, era un hombre de mediana estatura, el rostro trigüeño, la barba entrecana, la boca grande, los ojos curiosísimos asomados tras unas antiparras enormes, con recia armadura de concha, limpia y desembarazada la frente, poderoso y grave el entrecejo: era un hombre fino, elegante, magnánimo, de largas manos dadivosas, donde relucían cuatro anillos, de espléndida vestidura, amplia muceta de raso duro, alba impecable con lujosísimos encajes de Venecia. En él todo indica una gran perspicacia y un aristocrático refinamiento. Era un cardenal español que italiano parecía y lo que en su antecesor D. Rodrigo de Castro, retratado por Pacheco, era socarronería sevillana, en Niño de Guevara más bien se creyera imperceptible sorna, muy en consonancia con sus gestos y sus gustos mundanos. En resumen, decirse puede que D. Rodrigo de Castro, muerto en 20 de Septiembre de 1600, era un hombre del siglo xvi y D. Fernando Niño de Guevara, nombrado poco después para sucederle, era un hombre del xvii y aun cuando esta de los siglos parezca una división arbitraria, en el caso presente no resulta así.

Del siglo xvi son Felipe II y todas sus grandezas y todos sus decaimientos: del siglo xvi la *Galatea*, las comedias de Cervan-

tes, la parte heroica de su vida y las novelas en que se refleja lo que vió y aprendió en Italia; del siglo xvii son Felipe III y Felipe IV, son las novelas ejemplares de asunto picaresco, es el Persiles, son las comedias posteriores de Cervantes y el Viaje del Parnaso. Sólo el *Quijote* se levanta por cima de los dos siglos y de todos los demás, pero sin apartarse del xvi ni del xvii sobre los cuales cabalga como que en él se contiene la gran crisis española, que es, en suma, la de la humanidad entera en los tiempos modernos.

Nombrado Niño de Guevara arzobispo de Sevilla, quiso ante todo conocer el estado en que se encontraba su diócesis. Supo que proseguía la epidemia ó, mejor dicho, las varias epidemias por la miseria acarreadas y envió muchos miles de ducados para remediar lo que remedio tuviere. Supo también que las llagas, carbuncos y roñas del cuerpo eran nada en comparación con la podredumbre moral y social que invadía la ciudad y la diócesis y para mejor enterarse, recurrió á una información directa y desapasionada que encargó al racionero Francisco Porras de la Cámara, amigo de Cervantes y sujeto de tal clarividencia como era menester para desempeñar con acierto semejante comisión.

Porras de la Cámara había formado, para sú particular recreo, un archivo de papeles y escritos en prosa y en verso, el cual contenía tres partes, una de poesías profanas, que ha desaparecido, otra de poesías divinas, que para en poder del ilustre hispanista norteamericano Mr. Huntington y otra que es el traído y llevado códice, cuyo título *Compilación de curiosidades cervantinas* vulgarizó D. Isidoro Bosarte.

Estas curiosidades recogidas por Porras de la Cámara eran *sucesos fabulosos* ó que el buen racionero quería hacer pasar como tales: chistes y ocurrencias del ya citado maestro Juan Farfán, chascarrillos y anécdotas de otros ingenios sevillanos, una relación en prosa y verso de un viaje hecho á Portugal en 1592, un cuadro del estado de la poesía sevillana al mediar el siglo xvi, una biografía laudatoria del licenciado Francisco Pacheco, canónigo, tío del pintor de los *Retratos* y, por fin, los manuscritos sin nombre de autor y con variantes notabilísimas, de *La tía fingi-*

da, Rinconete y Cortadillo y El celoso extremeño. Con todos estos y otros simples bien pudo formar Porras de la Cámara un compuesto de tanto jugo como la carta confidencial en que informó al cardenal Niño de cómo se encontraba su diócesis. La verdad y el estudio de las cosas nos dicen hoy que Porras de la Cámara se quedó algo corto en su pintura; pero el hecho notable que de esta noticia se saca es que para mostrar el estado de la sociedad de su tiempo no halló mejor cosa que copiar las tres obras de Cervantes, por cuya pluma hablaba sin disimulos la verdad.

Infiérese también de aquí la gran amistad que Miguel tuvo con Porras de la Cámara, quien debió remunerarle en algun modo la largueza con que le prestaba sus manuscritos, aún no publicados. Quizá desde el momento en que recibió Porras de la Cámara las preguntas de D. Fernando Niño, vislumbró Miguel la esperanza de acogerse á la Iglesia, como último recurso, dada su penuria, quizá entrevió la protección futura de un Mecenas generoso y rico, tan italianizante y espléndido como el nuevo arzobispo de Sevilla. Seguro es (y ya casi es un *locus classicus* entre los cervantistas) que Porras de la Cámara leyó al cardenal Niño en las largas siestas del verano, los manuscritos de Cervantes, hallándose ambos fugitivos del calor de Sevilla en la posesión arzobispal de Umbrete. No es dudable que Porras de la Cámara habló al Arzobispo de la triste escasez en que vivía un hombre de tan peregrino ingenio. Tocó entonces Miguel como tantas otras veces en las puertas de la esperada tranquilidad y no logró pasar los umbrales.

A vueltas con sus pensamientos, iba un día caminando por las callejuelas que en gracioso enredijo se enmadejaban junto á la parroquia de San Marcos. Enorme concurso de gente bien arreada acudía á la plazoleta que se hace delante del convento de Santa Paula. El compás ó patio que hay antes del convento se hallaba también lleno de gente. El sol acariciaba los magnolios, laureles y toronjiles que adornan el patio, y dejaba en sombra la noble ojiva de barro cocido y de grandes baquetones amarillos y rojos, en la cual un tímpano muestra las armas de los Reyes Católicos en gayos colorines de mayólica y unos medallones de azu-

lejo en relieve enseñan á las avecillas y palomas los episodios de la santa vida de la titular.

Movido por la curiosidad, entró Miguel á la iglesia, que vestida de fiesta relumbraba desde el artesonado mudejar de vigas al aire hasta el piso de azulejos formando aguas, como los de algunos aposentos del alcázar de D. Pedro el Cruel. En los dos alcárcillos laterales un San Juan Bautista y un San Juan Evangelista, recientes obras del ya famoso Martínez Montañés, parecían contarse sus penas, cantándolas bajito al són de angélico guitarro. En las dos pilastras del arco toral, dos angelitos, dislocados de puro gusto volaban, bailando seguidillas, con candelabros prendidos en la diestra. En el coro, al fondo, tras los cortinajes, se oía el zumbir de la comunidad, ceceosas voces de monjas sevillanas, que son las más blandas y amables de todas las monjas del mundo, y hablan de Dios como de una dulzura infinitamente superior á la de las yemas ricas por las blancas manos de la comunidad fabricadas.

Miguel se enteró de que había monjío nuevo. Miguel vió acercarse el cortejo que á la nueva religiosa seguía, "uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes casos se habían visto en Sevilla". Miguel vió á la novia de Cristo, tan gallarda, hermosa y bien aderezada que era una bendición de Dios el verla, y todos los circunstantes se estrujaban y se afanaban por contemplar más de cerca tan gran extremo de galanura. Miguel divisó antes que nadie cómo se abría paso entre la muchedumbre un hombre vestido como él mismo vistió cuando venía en el barco de Maese Antón Francés, ya rescatado por la Trinidad, con su cruz de un brazo azul y otro rojo en el pecho y su bonete azul redondo en la cabeza. Miguel conoció en los ojos turbados de aquel hombre no ya sólo la castigada alma de un cautivo, como él mismo lo fuera, sino la terrible situación en que él tantas veces se encontrara, asiendo ó creyendo asir á la felicidad por la fimbria de la túnica y dejándola escapar para caer de nuevo en la desdicha negra. Miguel oyó aquella voz del libertado cautivo que echando fuego por los ojos, gritaba:—Detente, detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa... Presenció luego el

desenlace de aquella dramática escena y se volvió á su casa con el alma oprimida por la angustia. ¿Quién sabía si aquello era anuncio de que por fin á él también como al desdichado cautivo la suerte le volvería la cara?

El suceso fué muy comentado en Sevilla. Miguel, con el alma aún dolorida, se lo contó á su amigo Porras de la Cámara y éste le rogó "que pusiese toda aquella historia por escrito, para que su señor el arzobispo la leyese". Esta es la historia de *La española inglesa*, modificada y aderezada por Miguel para dar mayor solaz al arzobispo Niño de Guevara: compuesta después que las de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*, y como ellas basada en sucesos vistos en Sevilla.

Comenzaba, pues, Miguel, según su opinión, bajo buenos auspicios, su carrera de escritor favorecido por los poderosos. Quizás, si es suyo el soneto contra la Marquesa de Denia, no fuera ajeno á su composición el señor de Higuera, con quien la Marquesa, parienta suya, estaba reñida. De fijo que con *La española inglesa* hizo Miguel una obra de encargo, como las que Lope y otros tantos ingenios hacían. No sabemos si le fué recompensada ni cómo.

A últimos del año 1600 llegó Lope de Vega á Sevilla. Había dejado de servir al Marqués de Sarriá y se hallaba cada vez más zambullido en enredos amorosos. Traía consigo á Camila Lucinda y á sus dos hijas, Mariana y Angelilla. Traía además, gallardamente y con desembarazo, la carga enorme de su ingente fama, que por toda España corría, creciendo hasta llegar á nunca visto extremo. Vivía Lope en Triana, quizás en casa de su tío el inquisidor. Por donde quiera, una estela de envidias le iba siguiendo.

Si para todos el oficio de escribir no era sino un modo de vivir muriendo, cuando no habían protección, para Lope la poesía fué una manera gloriosa, feliz, agradable, de llevar vida regalada y holgona, dejando encenderse y arder con fuertes llamas sus bravías pasiones. Sus comedias y sus poesías fueron para él lecho en que descansó, arca de donde sacó los menesteres de la diaria subsistencia, confidentes y medianeras de sus amores y amoríos, perdonadoras de sus deslices y disparates, agenciadoras

de abundantes y generosos mecenas. Sobre esto había otra cosa, hasta entonces por ningún escritor lograda, otra cosa que fué Lope el primero que en España la disfrutó, y era la popularidad, el universal aprecio, el ser conocido y amado por sus éxitos, que no se contenían ni paraban su carrera, como otros anteriores, en el círculo de los demás literatos, sino que penetraban, como el libro de caballerías ó como el libro místico y ascético, en los apartados camarines de las damas y se abrían paso por entre la muchedumbre, que ya comenzaba á tornar la cabeza, cuando alguien decía:— Ahí va Lope—. Este sol de la popularidad, al que ni siquiera se había puesto nombre aún, salió por primera vez en España para alumbrar á Lope. No tardó en hacer lo mismo con Cervantes; pero es lo cierto que, cuando Lope llegó á Sevilla, le daba de lleno en el rostro.

Siendo así, natural fué que le hicieran la salva los satíricos ingenios sevillanos, aquella musa callejera, salvaje y desgrefñada que Pacheco había tenido buen cuidado de no retratar en su libro. Fué de los primeros homenajes con que se le agasajó un soneto de cierto desenfadado sevillano, medio rufián, medio poeta, llamado Alonso Alvarez de Soria. Es la célebre invectiva que comienza así:

—Lope dicen que vino.—No es posible.

y concluye con estas poco limpias frases:

Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
cá...me en vos, en él y en sus poesías...

Lope, que lo veía todo y todo lo oía, aunque estuviese entonces apartado de los escritores de poco pelo y sólo tratase con su tío, con el noble y elegante caballero D. Juan de Arguijo y con alguno de los reposados académicos del *Libro de los retratos*, se enteró del soneto, no hizo por lo pronto caso de él ni de otras sátiras, jácaras y letrillas en que le daban vaya, como á recién venido; pero aconteció lo que siempre en casos tales. Viéndole llamado, arremetieron con más furia contra él, y como hubiese acabado Lope su famoso libro *El peregrino en su patria* y le enviase á su amigo Arguijo, para que éste le honrara con un soneto de

los suyos, de guante de ambar y rizada lechuguilla, el maleante Alvarez de Soria volvió á la carga, con una décima de cabo roto, de las primeras que se compusieron en tal forma:

Envió Lope de Vé-
al señor don Juan de Argui-
el libro del *Peregrí-*
á que diga si está bué-
y es tan noble y tan discré-
que estando, como está, má-
dice es otro Garcilá-
en su traza y compostú-
mas luego, entre sí, ¿quién dú-
no diga que está bellá-?

El tono agresivo de la décima, el desgarró de romperle los cabos, como para presentarla descosida y procaz, haciendo visajes y garatusas, y la circunstancia de atribuir á su amigo el noble Arguijo un piadoso fingimiento sobre el valor de su obra, debieron de soliviantar á Lope, á quien no habían hecho sus padres para aguantar ancas. Buscó y preguntó quiénes podrían ser los autores de aquellos versos, y como Alonso Alvarez de Soria era un desconocido y los demás escritores satíricos acaso eran amigos suyos, no se le ocurrió pensar en otra persona que en Cervantes, con quien seguía desabrido por la cuestión antigua de Elena Osorio, y quizás por recientes resentimientos con el cómico Morales, grande amigo de Miguel. Lo cierto es, que á los ataques pasados, contestó Lope con este venenoso y feroz soneto:

Yo que no sé de la-, de lí, ni le-,
ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu-
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fué
del Cielo que mancases en Corfú:
Hablaste buey, pero dijiste *mú*.
¡Oh! mala quijotada que te dé!
Honra á Lope, potrilla, ó ¡guay de tí!
que es sol, y si se enoja, lloverá;
y ese tu *Don Quijote* baladí,

de cu... en cu... por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí
y al fin en muladares parará.

No había olvidado por cierto, Lope, como no suele olvidarse nunca al imprudente é inoportuno testigo de sus aventuras juveniles, y bien se vengaba, llegado ya á la cumbre de la gloria, de aquel infeliz poeta á quien sólo conocía por la *Galatea* y por algunas obras teatrales que forzosamente habían de parecerle mal, por ser cosa de su facultad, en la que él mismo se había aventajado tan señaladamente.

Pensó Lope soterrar para siempre á Cervantes con aquel soneto. No conocía el *Quijote* sino de oídas, por reseñas ó referencias dadas con mala intención entre gentes á quienes quizás Miguel sólo había leído algunos capítulos. No conocía tampoco á Cervantes bien, puesto que no se daba cuenta aún de que era quien únicamente pudiera algún día hacerle sombra. Se ve claro, no obstante, que desde aquellos días, Cervantes fué despreciado por Lope, como un envidioso vulgar de tantos que habían querido morderle: y en tal error vivió durante algún tiempo.

Por otra parte, nada de extraño ni de inhumano tendría el que, en efecto, Cervantes sintiera celos de Lope, á quien, en el injusto reparto de la vida sólo habían caído satisfacciones y halagos de la fortuna. Lope, de puro solicitado, rechazaba los protectores, desechaba las queridas, renunciaba á la tranquilidad del hogar bien abastado, vivía en perpetua guerra consigo mismo, por no tener necesidad de luchar para vivir. Lope triunfaba, Lope era famoso, Lope reía, se le disputaban las damas elegantes y los caballeros de mejor sociedad, había saltado á la cumbre en dos brinco, se alzó con la monarquía cómica, era el monstruo de la Naturaleza, mientras que Miguel, vivía poco menos que oscurecido y asendereado, corriendo aún á sus años del corral de los Olmos, donde á la sazón triunfaba el jácaro Alvarez de Soria, al corral de Don Juan ó á la huerta de doña Elvira, coliseos sevillanos donde estaba seguro de tropezar con obras de Lope en las tablas y con cómicos amigos ó siervos de Lope en la escena. Y para que se vea cuán injusto fué el engaño de Lope al achacar á Cervantes

el soneto y la décima citados, no hay sino pensar que toda la venganza de Miguel se redujo á la prudente, mesurada y puramente literaria crítica del comediaje de Lope, hecha en el diálogo entre el canónigo y el cura, que debió de añadir entonces á lo que ya llevaba escrito del *Ingenioso hidalgo*.

No estaba Cervantes para impetuosidades y violencias: su espíritu otoñal se iba amansando. La inmortal obra en que andaba había engrandecido y afianzado su talento, como sucede siempre que el escritor es humilde y no piensa sino en echar parte de su alma en las cuartillas, digan y piensen los demás lo que quieran. Miguel nunca desconoció lo que valía su obra, pero según iba adelantando en su composición, lo comprendía con mayor claridad, y se lo hacían notar asimismo los amigos á quienes leía trozos del *Quijote*.

Llegó á ser éste popular en Sevilla mucho antes de verse impreso, y los nombres de Sancho Panza y Don Quijote sirvieron de apodos, como sirven ahora para señalar á este y al otro sujeto conocido. Posible es que, incitado por la curiosidad, al ver la obra de Cervantes en boca de mucha gente, quisiera Lope conocerla, y entonces procurara acercarse á Miguel. No es justo suponer que durara entre ellos la animadversión, puesto que en 1602 se publicó la tercera edición de *La Dragantea* y llevaba un soneto de Cervantes, extremadamente laudatorio, que empieza así:

Yace en la parte que es mejor de España...

Parece probado, sin embargo, que en la reconciliación no hubo entera sinceridad por parte de Lope. Es casi indudable que Cervantes suavizó muchos conceptos de los más crudos en el coloquio del canónigo y el cura del *Quijote*: y que no bien conocida la obra de Miguel, ya Lope modificó su juicio, en cuanto era posible que hombre tan lleno de sí mismo le modificase. Es admirable y digno de considerarse atentamente cuán poco amargaron estos disgustos el alma de Cervantes, quien seguía viviendo, sabe Dios cómo, hasta dejar terminado su libro, quizás al amparo del cardenal Niño y de Porras de la Cámara, aunque parece raro que, siendo él tan agradecido, no consignase en algún lugar su gratitud.

Nuevos golpes de la fortuna adversa le esperaban aún, cuando ya creía tener la llave de la tranquilidad en su mano. En 2 de Julio de 1601 murió heroicamente en la batalla de las Dunas su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes, á quien Miguel había enseñado el oficio de las armas, y que con tanta gloria le siguió en la Tercera y en otras ocasiones. La soledad en torno de Miguel iba creciendo.

En 14 de Septiembre de 1601 los contadores de relaciones hacían cargo á Cervantes por los 136.000 maravedises que le pagó Francisco Pérez de Vitoria en Málaga y no mucho tiempo después mandaban al Proveedor general Bernabé del Pedroso, residente en Sevilla, que detuviera y encarcelase á Miguel hasta que rindiese cuentas ó diera fianzas suficientes para trasladarse á Valladolid y dar allí sus descargos. A últimos de 1602 se vió, pues, Cervantes metido en la maldita cárcel de Sevilla, no se sabe si por muchos ó por pocos días ó meses. Aquel receptor de Baza Gaspar Osorio de Tejeda á quien reconocimos en 1594 como uno de los precursores del triunfante caciquismo, fué quien hizo hincapié con el fin de que Cervantes se presentara á dar cuentas, más por perjudicarle que por otra cosa. En 24 de Enero de 1603 los contadores se hicieron cargo de que lo no satisfecho por Cervantes era sólo un descubierto de dos mil trescientos cuarenta y siete ó dos mil seiscientos y tantos reales que probablemente serían partidas fallidas y no cobradas por Miguel: manifestaban también aquellos señores que habían ordenado á Pedroso que soltara á Cervantes de la cárcel de Sevilla, sin que éste se hubiese presentado, como consecuencia de quedar en libertad. Era necesario, por consiguiente, que Cervantes se trasladara á Valladolid, en donde estaba la corte de España desde Enero de 1601.

Salió Cervantes de Sevilla, á donde no había de volver, á principios de 1603. Al echar la mirada última á las torres que el sol blanqueaba al amanecer y al anochecer doraba, no pensó que para siempre se despedía. No conoció que entonces era cuando definitivamente, irremediabilmente, había entrado en el otoño de la vida. Quizás no le importaba mucho. Consigo llevaba su malestín y en él... en él iba encerrada la inmortalidad.

CAPÍTULO XLIV

CERVANTES LEE EL QUIJOTE

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel, antes que en los reparos de los señores contadores, pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponerse. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el *Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es